

Haciendo Historia



El sol que nos alumbra es ya viejo, y casi nada hay debajo de ese sol que no lleve bien marcado el sello de su antigüedad. El internacionalismo, planta hoy día muy frondosa, tiene sus raíces en una parte, no diré si insana, de la naturaleza humana. Ya Cicerón atribuye a un filósofo antiguo

Pacuvio, el dicho de "ubi bene ibi patria", donde se está bien allí está la patria, que el alemán Nietzsche ha modificado diciendo, "ubi pater sum ibi patria est".

El emperador-filósofo Marco Aurelio hace constar en sus "Meditaciones" que su patria y su ciudad, en cuanto Antonino, era Roma; pero en cuanto hombre, era el mundo. Y el estoico Epiteto se va tras un patriotismo bien acomodaticio cuando dice: "Si crees que la dicha consiste en residir en Roma o en Atenas, estás perdido, porque sufrirás cuando te alejes de ellas y experimentarás cuando regreses una alegría que te será funesta. Descontía de estas exclamaciones, ¡Roma es una bella ciudad! ¡No hay otra Atenas! No hay más felicidad que una, y esta es más bella que todas las ciudades".

Mas vengamos a tiempos más modernos que son los que de cerca nos atañen y nos encontraremos con los socialistas franceses e italianos que son los que más desaforada y estrepitosamente han clamado contra los ejércitos, armadas y fronteras nacionales, los que han predicho que "las patrias demasiado chicas ensancharán sus cuadros hasta abrazar el planeta"... Los modernos socialistas son en su generalidad internacionalistas que se elevan en alas de idealismos abstractos y pregonan una federación para la paz, para la fraternidad, para el desarme, para la formación de los Estados Unidos de Europa y América, preparando el camino para la creación de los Estados Unidos del Mundo.

Víctor Hugo, en un discurso pronunciado en 1869, en el Congreso de la Paz de Lausana, se entregaba a vuelos de incomparable belleza y forjaba mundos ideales regulados por el amor, la ciencia, el trabajo.

"La civilización, decía, tiende invenciblemente a la unidad de idioma, a la unidad del metro, a la unidad monetaria, y a la fusión de todas las naciones en la humanidad, que es la unidad suprema. La concordia tiene un sinónimo: simplificación. La primera de las servidumbres es la frontera. Quien dice frontera, dice ligadura. Cortad la ligadura, borrad la frontera, quitad el aduanero, quitad el soldado, en otros términos, sed libres; seguirá la paz."

Tres años más tarde forjaba las mismas utopías en expresiones que demuestran que Víctor Hugo era un gran cincelador de frases, pero también un inepto gobernante y un irreligioso deista,

... "tendremos la generosa fraternidad de las naciones, en lugar de la fraternidad feroz de

los emperadores; tendremos la patria sin la frontera, el presupuesto sin el parasitismo, el comercio sin la aduana, la circulación sin la barrera, la educación sin el embrutecimiento, la juventud sin el cuartel, el valor sin el combate, la justicia sin el cadalso, la vida sin el asesinato, la floresta sin el tigre, la palabra sin la mordaza, la conciencia sin el yugo, la verdad sin el dogma, el amor sin el odio, Dios sin el cura, el cielo sin el infierno".

... "tendremos esos grandes Estados Unidos de Europa que coronarán el viejo mundo, como los Estados Unidos de América coronan el nuevo".

Eliseo Reclús, Enrique Ferri, Charles Vérecque y otros socialistas de igual renombre consideran "las patrias como etapas en el desarrollo de la humanidad" cuya última evolución se completará en el internacionalismo. De la pluma de un rabioso francés Gustavo Hervé han brotado frases virulentas, como "la patria es una explotación organizada", "todas las patrias son madrastras que hay el derecho y el deber de odiar", "el ejército es el aprendizaje del asesinato".

Emilio Zola no iba tan lejos; se contentaba con un humanitarismo más amplio y benigno y lo formulizó en la última parte de "Roma".

"Las provincias se reunirán en pueblos, los pueblos en razas, y las razas acabarán por reunirse en una sola humanidad inmortal. En fin, la humanidad sin fronteras, sin guerras posibles, la humanidad viviendo del trabajo justo, en la comunidad universal de todos los bienes. ¿No es esta la evolución, el objeto de la labor que se hace en todas partes, el desenlace de la historia?"

León Tolstoi ha hecho célebre su frase "el patriotismo es el virus que se nos ha inoculado". Ha podido ser útil alguna vez—agrega—para reunir a los hombres en naciones y para mantener la unidad de los Estados; pero hoy los hombres están agrupados, ese es un hecho realizado. Pretender que aun es necesario, es como si se dijese que el arado que fué necesario algún tiempo, lo es también ahora, en la era de las grandes tractoras. Puede conservarse el patriotismo como se conservan los monumentos antiguos, los templos, las tumbas; pero los templos y las tumbas existen sin causar a los hombres ningún daño, mientras que el patriotismo ocasiona infinitas desgracias. En el porvenir no habrá más que una especie humana, la fraternidad sustituirá al patriotismo.

Imposible agotar ni acotar todos los testimonios pro-internacionalistas. Los que preceden pueden servir de muestra y de espejo a los contemporáneos internacionalistas para confrontar y comparar sus ideas con las de sus progenitores: son descendientes legítimos de los más rabiosos socialistas y anarquistas que han producido Francia e Italia. Los cándidos ingleses y americanos que abogan por la creación de un Estado Universal, ignoran, sin duda, lo linajudo de su ascendencia.

FARMER